

entrevista

Albert Chillón

El poder de la recreación del lenguaje



Albert Chillón es escritor y ensayista. Profesor de teoría de la comunicación en la Universidad Autónoma de Barcelona y director del Máster en Comunicación, Periodismo y Humanidades de la UAB. Es colaborador habitual en *La Vanguardia* y *El País*. Es autor de diversas obras como *Periodismo y Literatura. Una tradición de relaciones promiscuas* (Universidad Autónoma de Barcelona, 1999), *La condición ambigua. Diálogos con Lluís Duch* (Herder Editorial, 2011) y *Un ser de mediaciones* (Herder Editorial, 2012). En febrero llegará a las librerías su novela *El horizonte ayer* (Luces de Gálibo).

P. Como indicas en el último capítulo de *La condición ambigua*, la crisis actual, la fractura social que nos invade, nos hace sentir el vértigo del presente... con tu mirada antropológica, ¿cuáles son las características de ese vértigo?

A. C. En realidad, yo no soy antropólogo profesional, sino un teórico de la comunicación que ve en la antropología de sesgo filosófico un auxiliar de primera magnitud para iluminar tanto los asuntos relacionados con la comunicación mediática de nuestro tiempo como, en general, el conjunto de la sociedad en que vivimos. Como he escrito en diversas ocasiones, a la luz del magisterio de mi amigo y colaborador Lluís Duch –uno de los más importantes pensadores del ámbito hispánico, sin duda–, la antropología simbólica y filosófica proporciona una perspectiva omniabarcante y al tiempo crítica de enorme valor para alumbrar la práctica totalidad de las cuestiones humanas. Y consituye, a mi juicio, una de las más importantes vías de renovación de la milenaria y plural tradición humanista.

Explorar las características del vértigo que sin duda infunde la gran crisis global y epocal que atravesamos desborda el formato de esta entrevista y mis alcances personales. Con todo y eso, me parece necesario señalar que ese vértigo se alimenta también del general desconcierto y desorientación que desde hace varias décadas cunde en Occidente, y me atrevo a decir que en muchos otros rincones del planeta. Nuestra época se caracteriza por el gran abanico de posibilidades que la industrialización, la ciencia y la tecnología abren al ser humano, y al mismo tiempo por el generalizado debilitamiento de la sabiduría, es decir, de los criterios, valores y procederes que imperativamente deben guiar la acción de los individuos y de los colectivos. La paradoja a la que aludo se resume en lo siguiente: vivimos en la llamada sociedad de la información y del conocimiento, en un mundo caracterizado por la opulencia informacional, discursiva e icónica. La plétora de datos de que disponemos es de veras colosal, nunca antes vista -ni de lejos- en la historia humana. Y, sin embargo, nos sentimos esencialmente desorientados, y nos las vemos y deseamos para transformar esa información en conocimiento significativo. De modo que el caudal de información no se traduce en un correlativo conocimiento, y mucho menos en lo que antaño se llamaba sabiduría, entendida como la capacidad para orientar el pensamiento, el proceder ético y, en definitiva, la actividad de las personas en pos de un horizonte de fines de carácter humanista.

Resulta chocante y muy alarmante que la ingente quiebra económica, política y cultural que sufrimos suceda justamente cuando más desarmados nos hallamos: la gran crisis nos ha sorprendido embargados por el consumismo, el hiperindividualismo, la desafiliación y la inhibición respecto de la res pública y, en suma, por un espíritu del tiempo que parecía acorde con la falsa prosperidad de hace unos años, y que se revela hoy como una insidiosa trampa.

P. Nuestros lectores son mayoritariamente universitarios, trabajan y viven en un ambiente universitario, ¿cómo está afectando este vértigo actual a nuestra institución?

A. C. Al hilo de lo que hace un instante argüía, debo decir que la institución universitaria se halla singularmente afectada por este deplorable espíritu del tiempo, alentado por el complejo político, económico, institucional y cultural en que hoy consiste el poder visible, y sobre todo el gran poder invisible que sin duda rige entre bambalinas los destinos individuales y colectivos. Para todos los que frecuentamos la universidad resulta evidente la mutación que esta está sufriendo, instada por una racionalidad casi exclusivamente instrumental que está priorizando los intereses y conveniencias del complejo económico y financiero sobre cualquier consideración social y humanista. La universidad ya no es más la casa del saber, ni siquiera pretende serlo, sino una institución uncida al establecimiento productivo y a su ilógica economicista. Los planes de estudio, las prácticas investigadoras y docentes y el lenguaje mismo de los universitarios encarnan esa indeseable transformación. La universidad tiende a subordinarse al mercado, no a servir a la sociedad; considera a sus ciudadanos usuarios como simples clientes; sustituye los saberes críticos por el crudo saber cómo (know-how) operativo; y se muestra proclive a arrumbar la gran herencia humanista y los saberes críticos y reflexivos que esta postula.

Puede decirse, entonces, que la racionalidad instrumental que hace más de medio siglo denunciaron los pensadores de la escuela de Fráncfort se ha apoderado en buena medida de la universidad española, cuyos procederes delatan esta venenosa influencia. La universidad tiende a ponerse al servicio del mercado, no de la sociedad, y se muestra proclive a sustituir la educación por la simple instrucción e, incluso, por el adoctrinamiento puro y simple. La calidad de la docencia se sacrifica en aras de la investigación y sus objetivos, y estos a su vez se definen en términos de crasa productividad y utilidad economicista, colosal error que arruina los saberes humanísticos y críticos a los que hace momento me refería. El desahucio de las humanidades sobre el que Lluís y yo hemos escrito profusamente –tanto en los periódicos como en nuestros respectivos escritos académicos y ensayísticos– acaba siendo, de hecho, un abandono del humanismo y de su plural e indispensable tradición.

P. La economía, su valor y poder actuales, está invadiendo hasta la exasperación nuestro coloquio familiar y nuestros entornos de trabajo. El gran defenestrado es la cultura, el humanismo clásico. ¿Qué podemos esperar de todo esto?

A. C. Lo que sin duda cabe esperar del abandono del humanismo no es sólo, como la pregunta sugiere, el defenestramiento de la cultura en sentido estricto, sino la degradación de la convivencia y del vivir público y privado. Una sociedad que subordina los fines humanos a los fines definidos por la religión economicista –y por sus objetivos de productividad y lucro a ultranza– está condenada a pagar un altísimo precio en el altar de su propia superstición. La religión del progreso, la religión de la tecnología y la religión de la economía son los nuevos ídolos del tiempo. Las sociedades globalizadas y postmodernas tienden a desertar los dioses y creencias clásicos, y a suplantarlos de manera insidiosa y sutil por nuevas deidades.

Uno de los más lamentables efectos de esa degradación del humanismo y de la tradición ilustrada es el general proceso de deshumanización que se percibe en todos los ámbitos de la vida social, sean políticos, éticos, religiosos, educativos o económicos. Puede parecer que este diagnóstico es extremista, y sin embargo considero urgente asumir la gravedad de una situación que sólo podrá revertirse si tomamos conciencia de ella, en vez de disimularla con suicidas paños calientes. A medida que el proceso general de deshumanización avanza, lo hacen también sus más indeseables consecuencias, empezando por la patente cosificación de los individuos y de las relaciones que establecen. El ser humano tiende a dejar de ser un fin en sí mismo, como querían Kant y los filósofos ilustrados, para convertirse en un rudo medio destinado a la consecución de finalidades ulteriores y ajenas, sean el poder o el estricto beneficio. El hombre y la mujer de los tiempos hipermódnos tienden a ser hombres unidimensionales, por emplear la conocida definición de Herbert Marcuse. El 'homo oeconomicus' constituye, a la vez, la caricatura y la tragedia de los sujetos contemporáneos. Antonio Machado lo decía con más sencillas y elocuentes palabras: todo necio confunde valor y precio. Nuestra sociedad atiende sólo al precio de las cosas, las personas y los procesos, cotizados por su estricto valor de cambio –y no por su dignidad, aptitudes y actitudes–. Y se comporta neciamente porque ese eclipse de lo humano está acercándonos a un inesperado precipicio: el agostamiento, y el agotamiento, del medio ambiente que hace posible la misma existencia humana.

P. Hay en tu libro, ya mencionado en la primera pregunta, un pasaje esencial. Está casi al final, cuando Lluís Duch enfatiza y defiende el poder de la recreación del lenguaje, del discurso. Dinos algo al respecto para nuestros lectores.

A. C. La importancia del lenguaje en la vida humana es tan grande y omniabarcante que tiende a pasarnos desapercibida. La filosofía del lenguaje moderna y contemporánea, con Humboldt y Nietzsche a la cabeza, nos ha enseñado a reparar en un hecho esencial: el ser humano lo es en la medida y a medida que empalabra su experiencia; no hay verdadero pensamiento sin lenguaje; y éste, que es público, privado e íntimo a la vez, constituye radicalmente no sólo el conocimiento posible acerca de la realidad humana, sino la realidad humana misma, en relevante medida. El giro lingüístico del siglo XX arguye que los distintos tipos de empalabramiento condicionan decisivamente el conocimiento que no es dado forjarnos acerca de lo existente, y así mismo que los hechos, situaciones y procesos que constituyen los distintos mundos en que vivimos llegan a ser tales según son articulados por el discurso. El ser humano es un animal semiótico y lingüístico al que no le es asequible la inmediatez: somos seres mediados e inmediatos que necesitan valerse de signos, símbolos y metáforas para pensar, comunicar y hacer.

La semiosis en sentido amplio, y el lenguaje verbal en concreto, hacen posibles e informan nuestro pensamiento y nuestra acción. De aquí que las dolencias y enfermedades que sufren afectan íntimamente el

devenir humano. Los símbolos y las palabras nos permiten representar y crear lo real humano, es decir, construir mundos saludables o bien mundos enfermos, escenarios plausibles para la convivencia o bien purgatorios en la Tierra –e incluso infiernos, en los que el siglo XX ha sido pródigo. El patente arrinconamiento que sufren las humanidades y los saberes críticos en todo el sistema educativo, y muy singularmente que la universidad, tendrá –ya está teniendo– preocupantes efectos sociales, de los que la gran crisis en curso es patente ejemplo. Asistimos a una colosal quiebra del mundo conocido en todos sus planos: económicos, políticos, culturales y éticos. A mi juicio, la corrupción del lenguaje público no es solo un correlato de la quiebra en curso, sino un poderoso inductor de la misma.

En suma, los trastornos del empalabramiento no sólo implican la dificultad para dar cuenta a posteriori de lo que ocurre, sino que pervierten lo que ocurre en sí mismo. Es imperativo que quienes dirigen nuestros destinos corrijan el rumbo y reintroduzcan la herencia ilustrada y, en general, el plural humanismo en el corazón del sistema educativo. Nos va la convivencia y la vida buena –no la engañosa "buena vida"– en ello.

P. ¿Podríamos decir, para terminar, que estamos asistiendo a una agonía, a una muerte lenta de la postmodernidad como has indicado en un artículo publicado hace meses en colaboración con Lluís Duch?

A. C. Estoy convencido de que la posmodernidad ha sido un breve paréntesis en la historia de Occidente, favorecido por la general prosperidad subsiguiente a la Segunda Guerra Mundial, y por la frágil e inestable 'entente' entre los poderes capitalistas y las fuerzas y movimientos de carácter progresista que constituyen la izquierda –entre otros factores que resultaría arduo enumerar al completo. Tal como Lluís Duch y yo escribimos en el artículo de El País al que la pregunta alude, durante los últimos años vienen multiplicándose las señales de que esa jovial, desacralizadora y hedonista posmodernidad está tocando a su fin. Y que, a medida que vamos despertando del ensueño posmoderno, descubrimos que el dinosaurio capitalista todavía sigue aquí, más fuerte y ensoberbecido que nunca antes. Las sociedades occidentales llegaron a convencerse de que, en efecto, la historia había llegado a su fin, y de que con ella habían terminado las luchas de clase y la necesidad de pensar críticamente el mundo existente a fin de transformarlo. Pero, concluida la ensoñación de prosperidad favorecida por la ingeniería financiera y sus ficciones, nos damos cuenta de que el poder capitalista ejerce hoy una abrumadora hegemonía sobre nuestras vidas, ya no sólo basada en la explotación franca y directa –y en el recurso a la coerción policial y militar, que antaño era corriente y hoy un último recurso–, sino en la amplia aquiescencia que el discurso dominante obtiene, tanto racional como sentimentalmente. El gran triunfo del neocapitalismo consiste en que asumamos sus cultos y sus mitos, por ejemplo el de que sólo hay una realidad posible y concebible, y consiguientemente solo un repertorio limitado de respuestas y acciones. En eso consiste, si bien se mira, la urdimbre no siempre evidente de la retórica oficial acerca de la crisis, cuya generalizada asunción consigue que los sujetos y los colectivos ni siquiera logren identificar las causas del malestar y la opresión que sufren.

Es necesario, en efecto, acabar de despertar del ensueño posmoderno y abrir bien los ojos en la presente tiniebla. Avivar el seso para procurar comprender la complejidad de la sociedad existente y de los modos prevalentes de poder, mucho más refinados y sofisticados que los de antaño. De ahí, en mi opinión, el renovado interés que está despertando el pensamiento de Karl Marx, un filósofo que parecía definitivamente arrumbado al desván de la historia, y que hoy, críticamente renovado por sus diversos herederos, vuelve a suministrar alguna luz en la niebla. Los retos que el capitalismo realmente existente plantea son complejos e imponentes, y por ello mismo es indispensable que la ciudadanía recupere, a través de la cultura y educación, su talento y su talante crítico. Todo lo que nos parece obvio dista de serlo, y a menudo esconde embaucos que ponen en jaque la convivencia plural, y la vida misma en último extremo. Pensar, criticar, preguntar son hoy tan o más imprescindibles que nunca antes. A nosotros, universitarios, nos compete actuar en consecuencia tras tomar buena nota de ello.